

6.
45-28

MANUEL VALERA GARCÍA.

BOCETOS VULGARES

ARTICULOS VARIOS



SEVILLA.—1892.

FRANCISCO LEAL Y C.^a EDITORES

HARINAS 3.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: B
Estante: 5
Numero: 585

Biblioteca Universitaria
GRANADA
B
Estante 8
346

1
27-3-4

Estante... 4
TABLA... 4
Volumen... 1132

R-23.731



BOCETOS VULGARES

Al Sr. Director de
"El Defensor de Granada"
su prueba de compa-
ñerismo.

Su autor



BOCETOS VULGARES

ARTICULOS VARIOS

DE

Manuel Valera García



SEVILLA.—1892.

FRANCISCO LEAL Y C.^a EDITORES

Harinas 3.

10,818

Todos los derechos reservados

AL SEÑOR DON

CARLOS DE LA LASTRA Y ROMERO,

*Vice-presidente de la Excma. Diputación
Provincial.*

*En testimonio de gratitud, cariño y res-
petuosa consideración.*

MANUEL VALERA GARCIA



COSAS DE LA VIDA

(DEL NATURAL)

I



s de noche.

Un caballero cruza rápidamente, envuelto en un magnífico gaban ruso de pies á cabeza.

Hace frio como en Rusia y llueve á torrentes.

Una infeliz mujer, cubierta de harapos y llevando entre sus ateridos brazos un pequeño de pecho, se le acerca y dice:

—Caballero, una limosna por amor de Dios.

Aquél sigue sus pasos, haciéndose el desentendido.

Si hubiera vuelto el rostro habria sorprendido una lágrima en los ojos de la desventurada.

Pero á la vuelta de una calle, le sale al encuentro otro mendigo que limosna le pide del mismo modo.

Es un niño que apenas empieza á balbucear las primeras palabras.

El caballero le hace retirar bruscamente y murmura:

— ¡Cuándo se hará una *encerrona* con tantos miserables como importunan á la gente á cada paso!

El desconocido entra en una casa de gran apariencia; pero la pobre mujer que le estorbara el paso en nombre de la caridad, se detiene en una puerta, apoyándose en el dintel, cobijando entre sus andrajos á su pequeñuelo y haciendo sentar á su lado al otro niño que conocemos, el cual deja caer su linda cabecita sobre las rodillas de su madre.

Y pasan horas y horas durante las cuales aterra el augusto silencio de la noche....

Los primeros rayos de luz iluminan la ciudad.

El mismo grupo se ve á la puerta de la casa donde entró el desconocido.

Este sale, por fin, pálido y desencajado. —No me han visto exclama al hallarse en la calle: el caso es que Luisa me arruina.... Y desapareció sin volver atrás el rostro teniendo vergüenza del pudor perdido.

Mientras tanto el grupo formado por la madre infeliz y sus tiernos hijos, permanece en la misma actitud, á despecho de las horas que trascurren.

Esto llama la atención, pero ¡ay! entonces ven con triste asombro que la madre y los hijos duermen el sueño de la eternidad, del cual despiertan solo en el cielo de los justos.

¡El hambre y el frío les han matado!

II

Grandioso aposento, gabinete aristocrático.

Dorados y pinturas, espejos y luces por todas partes.

Se respira una atmósfera embriagadora y parece uno trasportado al Paraíso.

Una mujer joven y encantadora, reclinada indolentemente sobre un elegante divan; estruja entre sus finos dedos un papel perfumado, y de cuando en cuando lo lleva a los labios, besándole ardientemente.

—Vá á venir— se dice — ¡qué feliz soy al pensar que me adora!.... ¡ah!.... ¡todavía una hora de espera.... va á parecerme un siglo!

Y vuelve á besar el venenoso billete y á consultar con ansiosas miradas el reloj que sobre un tocador caprichoso se ostenta.

Pasados unos momentos, la puerta se abre, una rugosa mano levanta el tapiz del fondo, y aparece la venerable figura de un anciano, en cuyo semblante se refleja la bondad de su alma y cuyos blancos cabellos infunden amor y respeto.

La bella joven lanza un grito, le mira con arrogancia, y sin disimular su mal humor.

—Yo creía— le dice con altivo tono,— que se necesitaba permiso para entrar á verme.

—¿A un marido, desde cuándo?...

—Al menos, creo que no estaba demás el anunciarse.

—¿Tienes miedo á que te sorprenda?

—¡Ja, ja! ¡qué ocurrencia! chiquito mio...
¿No comprendéis, señor celoso, que podía hallarme vistiendo?...

—¿Y bien?...

—Nada, que he recibido la cuenta de la modista; pero ya hablaremos, y poniéndose en pié, toma una bujía, y con una sonrisa que pudiera calificarse de diabólica, se despide del viejo que, mudo, inmóvil, sin saber qué hacerse, queda en la estancia, viendo salir de tal suerte á la que dió su nombre, y solo se retiró á sus habitaciones á dormir su inocencia.

En aquel mismo instante, y en el gabinete que descrito dejamos, dos jóvenes, bellos los dos, confúndense en un estrecho abrazo.

A ella la conocemos.

El... ¿qué nos importa conocerle?

Joven y apuesto, valia menos que el marido... ¡bah!... dicen ¡cosas naturales!... ¡Miserable adulterio!

III

Borhardilla en un extremo de la ciudad.

La una de la madrugada dá la campana del reloj de próxima iglesia.

Junto á una mezquina mesa de pino, sobre la que arde un mal atizado velón se ve á una joven, que habrá sido bella, pero sin duda los sufrimientos la martirizan, á la vez que las privaciones.

Con su pequeño pié agíta una cuna de mimbre, en la que descansa un tierno angel.

Más de seis horas en la misma actitud.

Dan las dos y dan las tres, y la jóven si-guo cosiendo sin dejar en cuando en cuando de mecer la cuna; una lágrima furtiva se asoma á sus ojos. Repentinamente, la puerta se abre, y penetra por ella un hombre mal arreglado y en estado de embriaguez. Sus groseras miradas se fijan en el pálido semblante de la jóven; calla y se tira sobre el lecho.

La jóven exhala un profundo suspiro.

El niño que duerme en la cuna, como si quisiera hacerse eco del puro sentimiento que el suspiro revela, rompe á llorar.

—¡Quita ese chiquillo de en medio!— murmura en tono brutal el borracho; y la costurera deja el trabajo, recoge al niño de la cuna y se lo presenta diciendo:

—¡Mírale qué hermoso es!... Es tu hijo y se lo acerca hasta el rostro, al tiempo que aquel, rechazándolo enérgicamente, exclama:

—Yo no tengo hijos—y se queda dormido.

La madre llora, y abraza al inocente niño; despues dirige una mirada de compasión á su esposo, y tras de enjugarse el llanto, se le oye decir, entre mal apagados sollozos:

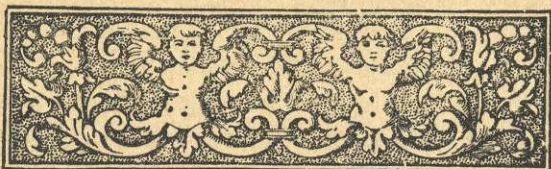
— «¡Y, sin embargo... le amo... porque es su padre!»

* *

¿No conoces tú, querido lector, alguna de estas escenas?

Rosal es la vida, y aunque rosas tenga, su perfume dura poco, y no nos quedan más que las espinas dolcridas.





¡FELICES ELLOS!

(CUENTO INFANTIL)



OR qué lloras, niño? preguntó una hada muy compasiva á un pequeñito á quien encontró llorando. ¿Por qué estas tan aflijido? ¿Quieres por ventura, hijo mío, algun juguete ó deseas tener alas pintadas como la mariposa para revolotear por los aires? Dímelo; soy Violeta, humilde entre las flores, pero á pesar de la soledad y tristeza en que me hallo, y de mis pobres vestiduras, soy el hada de estos valles y puedo satisfacer tus deseos, si son justos.

—¡Ah señora Violeta! contestó el pequeñuelo, es que tenía una hermanita; los dos

íbamos siempre juntos á todas partes y jugábamos tanto! pero hace dos días mi hermanita no despertó; despues, como si fuera un juguete, la metieron en una cajita muy bonita, se la llevaron, y dicen que no volverá ¡ay! que vuelva, señora Violeta, no lloraré y recogeré lirios y rosas como antes.

Me pides más de lo que me es posible darte, pero algo puedo hacer en tu obsequio; ¿quieres ver á tu hermanita?

—¡Oh! si.

—Pues tiéndete ahí. El niño obedeció y se tendió sobre la fresca y rociada hierba del campo; el hada tocó con la varita de oro que llevaba en la mano los ojos del niño, que miraron al cielo y quedó dormido.

¿Qué vería? Como no lo ví, no puedo decirlo, ni describir tanta grandeza como me figuro, pero cuando despertó, en sus hermosos ojos no había una sola lágrima, y en su boquita se dibujaba una angelical sonrisa.

—¡Qué bello es aquello, dijo el niño; llévame allí.

—¿No quieres ya que vuelva tu hermanita?

—No; quiero que me lleves con ella, re-

puso el pequeñito, que continuaba echado sobre la hierba del prado, como si temiera moverse de aquel sitio.

Violeta reflexionó un momento, y compadecida del niño, tocóle la frente con la vara de oro, y quedó dormido para siempre, y su alma voló á reunirse con la de su querida hermanita y con los ángeles y querubines.

El mundo les llama desgraciados, pero en la eternidad ¡felices ellos!...





ILUSION Y REALIDAD



o había de estar reservado el honor de tener émulos tan solo al arte que *Guerrita* y *Espartero* practican. También el de Talía cuenta con entusiastas admiradores, que no se contentan hoy en día con asistir á las representaciones escénicas y aplaudir desde sus localidades de galería hasta confundirse con los alabarderos, sino que cifran su dicha toda en representar, algunos por el solo placer de vestirse de reyes y pasar por condes de comedia; los más, porque quieren hacer ensayos para convenirse de que no son insustituibles Julian Romea, Vico ó Carlos Latorre.



Todas las artes tienen un aprendizaje en familia. Y vemos aficionados á la oratoria ensayándose ante un espejo; creyendo que los muebles son adversarios, llaman, á juzgar por sus ademanes, traidores a los cuadros; acusan á las sillas de quebrantar los preceptos constitucionales; dicen que la butaca abusa de los alcaldes para ganar las elecciones, y afirman con la mayor gravedad que el país no puede salvarse si el sofá á la consola no abandonan el poder; estos son los que quieren ser discípulos de Castelar. Los toreros más notables dieron los primeros pases de muleta á algún aguador, y colocaron el primer par de banderillas en el asiento de una ruinosa silla de Vitoria.

Los tenores de renombre universal hicieron sus primeros gorgoritos en una reunión de esas que se llaman de confianza, porque confianza es lo único que en ellas puede tomarse; y nadie logró ser coronado por Melpomene sin haber producido el entusiasmo de algunas honradas familias, desde las baldosas, que no tablas, de un raquítico escenario casero.

Estas teorías podrán ser equivocadas,

pero por ciertísimas las tienen muchos Gayarres desconocidos, y que jamás conoceremos,

Con respecto á los poetas modernos, yo no sé si habreis visto alguna vez sobre el blanco mármol de la mesilla de una peluquería un pliego de papel escrito en renglones cortos. No creais, sin embargo, que el barbero hace versos; pero sí que son de un compañero y los está aprendiendo para declamarlos. Cuando os sentais en la butaca en que el dependiente sirve, sufre el ilusionado mancebo una lamentable caída desde el Parnaso, en donde su fantasía le habia colocado, hasta la vil prosa de la vida real, y el perjuicio del desencanto es para vosotros. Si deseais que os corte el pelo á media melena, de fijo que os lo rapa como á un chino y, ¡por Dios que no os afeiteis! porque si el verso es dramático, podria por una lamentable equivocacion ejecutar en vosotros la degollacion de los inocentes.

¿Quién no ha soñado por lo menos una vez en su vida?

¿Quién no ha creido hallar toda su felicidad en una mujer?



Y, sin embargo, ¿cuándo el primer amor que es el más rico en ilusiones, ha sido el único? Nunca.

¿Quién se ha unido con la primera mujer que ha amado?

Muy pocos.

Triste verdad que el alma tiene que confesar con pena, somos volubles. Obedecemos al principio eterno que preside á la humanidad, la variedad dentro de la unidad; amamos á la mujer, representada en diferentes mujeres, y así es nuestra ilusión en todas las cosas. Aspiramos á la eternidad, y la eternidad huye de nuestra vista.

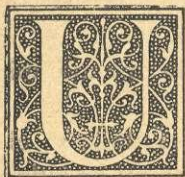
El placer y nuestras esperanzas son un sueño, pero ese sueño de venturas dura muy poco, desgraciadamente; y sin embargo el hombre no despierta; siempre hay consuelo para él, y vive en la realidad de hoy tras ese fantasma que no alcanza jamás.....





UN RECUERDO DEL OTRO DIA

I



NA mañana de abril en contra de mi voluntad, había yo madrugado; paseaba tranquilamente por una de las avenidas que conducen á un estanque, y veo, que en la misma dirección y á pocos pasos distantes de mí, paseaban dos señoras acompañadas de un lindo niño; la una anciana y de fisonomía respetable; la otra era una virgen morena que representaba á lo más diez y seis años; pero bellisima, con unos ojos negros de esos que arrebatan el corazón de una mirada. Yo las seguía absorto, embebecido. Aquella jóven realizaba el sueño de mis ilusiones. Alta y esbelta, pare-

cia más que una mujer un sér espiritual. Era sencilla y elegante, su encanto fascinaba.

Dos veces se detuvo inclinándose hácia el niño y éste con voz infantil y cariñosa pronunció su nombre, Elisa nombre bonito, una fea no puede llamarse Elísa.

Continuó su marcha, pero antes de doblar una calle de césped, fijó en mí la mirada. Yo sin saber lo que hacia, levanté la visera de mi kepis saludándola, aunque no la conocia. Ella me contestó con una inclinación de cabeza y una ligera sonrisa.

¿Habria comprendido por lo menos mi admiración?

Pero seguí recelando entre la duda y el temor. Aquella mujer tenía para mí un influjo irresistible. Pero, ¿cómo hablarla?... sin embargo, yo deseaba acercarme á la jóven y jurarla un amor sin fin... aprovechando tal vez un pretexto, una flor, el niño, quizá cualquier incidente.

Iba ya á poner en práctica mi proyecto, cuando llamaron mi atención pasos que sentí detrás de mí; volvíme y eran mis amigos Raniere y Velonove; me habian visto de lejos y procuraron alcanzarme.

Salí del recreo con mis camaradas y con el recuerdo de aquella criatura angelical que se había grabado indeleblemente en mi memoria.

II

En el mes de octubre del mismo año el cólera hacía en Burdeos horribles estragos, á pesar de lo crecido de la estación y con una temperatura casi de invierno. Yo conocía á uno de los médicos del Liceo y algunas veces iba á visitarle.

Un día que estaba mi amigo de guardia en el hospital, salía yo del Liceo que está próximo, pasé á saludarle, cuando llegó una hermana de la Caridad á traerle la noticia de que estaba esperando el número 8. (En aquél registro de la muerte todos cambian su nombre por un número). Una fatal curiosidad me impelió y seguí los pasos de la enfermera y del médico hasta la cabecera de la cama. Era una jóven que acababa de morir, y en ella reconocí la virgen de mi sueño, mi angel del paseo de mañana, ¡era Elisa!

Es sola y huérfana, dijo la hermana; yo sentí una impresion terrible; el dolor me sofocaba; despedime y salí del hospital.

A los pocos pasos me senté sobre una de las piedras que abundan en aquel sitio. Allí, solo con mi amargura, las lágrimas se agolpaban á mis ojos.

Hay dolores que no se pueden comprender sin sentirlos.

.

Hoy que han pasado varios años, no puedo recordar ese episodio sin experimentar infinita tristeza, pues vienen á mi memoria aquellos años sin prevision ni experiencia, los únicos dichosos de nuestra vida, suspirando románticos amores.





REUNIONES DE CONFIANZA



ORMITABA yo una noche, soñando acaso con esperanzas cumplidas, cuando la voz de mi amigo Eugenio vino á turbar mi ilusoria felicidad, dejando caer por tierra aquellos plácidos ensueños, fieles intérpretes de mis aspiraciones.

— ¡Llévete el diablo con tus gritos!.... exclamé de bastante mal humor. — ¡Nunca te perdonaré la mala obra que me has hecho!....

— Hombre ... dispensa este rasgo de mi caracter.... ¡Si yo hubiera sabido que descansabas!....

—Fístrate querido Eugenio, que me

hallaba gozando de uno de esos sueños que dejan despues el corazon helado, cuando al despertar, se trueca la agradable ilusion en horrible verdad....

—¡Dichoso tú, chico, que siquiera en sueños eres feliz!.... yo, en cambio, cuando sueño me parece que me he trasportado á las Alpujarras.... y no veo más que *moros*.

—¡Siempre del mismo humor!—dije á mi amigo, alargándole un cigarrillo.

—¿Y qué vamos á hacer?... Yo creo que el hombre es más feliz cuando la despreocupacion le sigue.

—Eso tiene tambien sus inconvenientes —repuse.

—Sí, efectivamente. Se confunde la despreocupacion con la vergüenza.... Pero me voy apartando del objeto de mi visita.

—Tú dirás.

—Voy á presentarte en casa de una señora amiga mia.

—Te doy las gracias.... No tengo ganas de reuniones. Estoy de muy negro humor.... y luego.... la etiqueta.

—Nada de eso.... Se trata de una reunion de gran intimidad.

— Eso ya varía; pero siempre hay que vencer otro inconveniente....

— ¡Tu mal humor!.. Vaya hombre, yo te aseguro que has de pasar una buena *velada*. A ponerse la levita y en marcha.

Así lo hice, cediendo al fin á las instancias de mi amigo, y poco despues saliamos de la fonda.

--Entremos un rato en el Ateneo— dije á Eugenio —Dime, ¿es muy temprano?

Te manifestaré como es tarde, y quizás acierte.

— Pero chico... ¡las siete!

— ¡Toma!... Pues ahí verás!.. Habrá niña que á estas horas ha bailado seis polkas y seis walses.

Sonreime ante la broma de mi Jovial compañero, pero me reservé el derecho del comentario, hasta juzgar por mí mismo.

II

Tiró Eugenio de un cordelillo, á cuyo extremo habian atado la pirindola de una silla, haciendo su efecto de llamador.

El ronco sonido de un pequeño cence-

ro, nos indicó ser oído nuestro llamamiento, pues, al poco rato, se abrió la puerta dejando ver la estúpida efigie de una *Maritornes* que á juzgar por sus entornados ojos, no debía conmoverse mucho con los acordes del piano.

Entramos en el salon, alumbrado por un quinqué de petróleo á luz poca, y un cabo de bujía huérfana y sola, que brillaba (al decir) en un candelero de hojalata colocado sobre el piano.

La señora de la casa estuvo finísima conmigo; despues pasé á ofrecer mi respetos á las niñas, que me lanzaron tres miradas de *garavatillo*.

Retíreme un momento y saludé á don Alejandro Rosquilla, antiguo *teniente* retirado del norte, paseante en la actualidad de aquella amable familia, en que la *mamá* era la superioridad de la casa, por cuestión de genialidad...

Recibíome con no menos agasajo que su consorte y niñas, y me dispensó de la fastidiosa fórmula de los guantes, los cuales me quité á la primera invitación, por advertir tambien que era artículo de lujo suprimi-

do en la reunión, y todos tenían los mismos que les dió la naturaleza.

III

En aquella *Soirée* hallábanse confundidas todas las clases sociales, sobresaliendo entre ellas la *milicia* y el *comercio*, representadas las unas por un cadete de infantería, y el otro ramo por tres dependientes de ultramarinos de las callejuelas de Regina.





II

REUNIONES DE CONFIANZA

Un ruido sordo, ronco y confuso, me hizo volver la vista, y supe la causa que lo producía, que no era otra cosa, que los delgados dedos de un no menos raquítico espiritual joven que oprimía las teclas del piano.

Asustóme aquel estruendo, y encomendé mi alma á toda la corte celestial, pues creí llegado el terrible momento del juicio final.

Rehícame del susto, pues me apercibí de que el jóven pianista deseaba terminar el prelude de *Fausto*, segun él aseguró despues.

Pero su autor no halló en él su mejor intérprete, y las niñas de la casa se aproximaron al presunto profesor, rogándole cambia-

ra la fantasía por un chotis de buen compás.

—No... una polka... No hemos bailado más que seis—exclamó una pollita regordeta y colorada que había estado en dulce coloquio con un estudiante de Escuela Normal á quien para ser profesor elemental, solo faltaban dos ó tres años de estudio.

—Pues tocaré las *golondrinas*, - dijo el jóven con gravedad.

Y empezó una serie de escalas... ¡qué escalas! escaleras podían llamarse, y de tan altos escalones como los de la casa, á juzgar por el trabajo de aquel pobre alumno.

Sin embargo, nos resignamos á escuchar, y un momento despues daba vueltas por el salon (¿?...) llevando en mis brazos una de las rosas de aquel paraiso... que se dejaba deshojar, y no movía)un pié sin pedir permiso al otro...

¿Baila usted á dos tiempos?... me preguntó con pretencioso tono.

—Si, señorita.

—¿Quiere usted que le bailemos de puntita y tacon?...

—Debo advertirle, que es imposible para esta sala; es bastante pequeña...

—¡Cá!... Hemos bailado otras veces... y por cierto que fué con un cadete que presentaron la otra noche.

—Empezemos como usted guste; pero yo no soy tan danzante como ese caballero....

—Pusímonos en baile, y empezó la santa niña un wals de taconeo, que más parecía ser tango ó nada.

Lo hizo muy mal, pero yo la llamé *mariposa* y clavel y obtuve una sonrisa de esas que á otros le llegan á los *tútanos*.

Entraba entoces la señora de la casa con una bandejita, y decía, presentándola á los amigos:

—Echen ustedes algo para una pobre desgraciada....

Eché diez reales, y torcí el gesto, pues comprendí que entre los que depositaron su donativo, había muchos puntos y comas figurados....

Llegó Eugenio, se sonrió viendo mi estúpido semblante de estar en aquella casa.

—Ahora empieza el concierto vocal,— exclamó ahuecando la voz.— Vas á oír á Luisita, la niña menor de doña Pancracia, que

canta de afición y que, según dice su mamá, parece una calandria....

Efectivamente; en aquel momento el pianista se frotaba las manos, se atusaba el cabello, estiraba los puños de la camisa y ponía los dedos sobre el teclado.

—Oye, niña, —decía la mamá. —¿Te acuerdas de aquella cantata que te enseñó don Juanito?

—¡Pero, mamá!... ¡Si ya es muy antigua!.... Sí.... muy antigua.... Muy graciosa sí que es....

—¿Y cómo se titula?... preguntó Eduardito tímidamente.—Sentimientos del alma doliente, ó el suplicio de *Tántalo*.

—¡De *Tántalo*, mamá!

—¡Bueno.... eso es.... lo mismo dá!....

No conozco esa obra—repuso el pianista.

Entonces otra—dije yo para terminar aquella situación.

—Ea... Pues canta aquella *escarola* que tanto le gustaba á tu tío el de Palomares;

—¡Por Dios, mamá!—Barcarola...

—Pues eso he dicho.

—¡Ay mamá!... que está muy alta...

—Pues empinate...

Y por último cantó la niña unas peteneras.
Terminó Luisita y acabaron las angustias
mias.

Me despedí de aquella familia, y Eugenio me siguió y prometí volver pronto.

IV

—¡Gracias!—exclamé ¡gracias por la reunión! Esto es una encerrona.

—Algo hay de eso, pero tuya es la culpa. Yo he sido víctima de igual celada, pero llevo la corriente y me divierto.

—En cambio, he hecho una conquista.

—¿Mercedes? — me pregunto sonriendo.

—Si... ¿qué tiene eso de extraño?

—¡Oh nada...! ¡Es la novia por contrata de toda la reunión!...

Y echó á reir estrepitosamente.

Yo me *acharé* y juré caminar con paso de plomo.





¡LOS DE TANTO!



UESTRA ciudad es una capital culta, deliciosa; decir lo contrario, sería faltar á la verdad.

Pero... (no hay cosa que no tenga *su pero* en este hermoso valle de lágrimas;) lo verdadero es, que existen aquí, como en otros lados (de París al villorrio) un crecido número de *nenes*, danzantes, *sietemesinos*, *gomosos*, ó como quieran llamarse, segun donde se encuentren, que en realidad hacen muy poco favor á sus padres, ayos y maestros.

Si á unos y otros les han enseñado buena educación y máximas de conveniencias sociales, han aprovechado muy mal las lecciones y buenos ejemplos.

A pesar de que á cada uno de estos *niños* les da por una *chifladura*, todas son soportables hasta cierto punto á la sociedad; pero una de las inaguantables costumbres de estos mozalbetes, en los cuales puede cifrar muy pocas esperanzas la amada patria, es requebrar á todas las mujeres, ya sean altas ó bajas, blancas ó morenas, ya vayan ó no acompañadas por un hombre.

Gomoso hay que se cree más conquistador de corazones que el mismísimo don Juan Tenorio; más, infinitamente más que el seductor *Rolando*, de quien se ocupan novelas y romances.

Para esos loros *músicos de oreja*, para esos seres ridículos, para esa especie de monos que debieran figurar al lado de los *mamíferos cuadrumanos*, no hay jóven honrada y digna, mujer que resista á sus palabras de amor (ó tonterías como deben llamarle) á sus miradas degolladoras y expresivas, á sus suspiros...

Escuchadlos, amados lectores (si es que estais de humor, teneis paciencia y tiempo para ello,) y sabreis que cada uno de ellos ha hecho más víctimas que el *trancazo*, cólera

morbo asiático fulminante, más que *el director* de un ramo cualquiera (no de flores ni periódico) al llevar á cabo uno de esos arreglos oficinescos que suelen dejar sin hogar á infinidad de familias.

Acaban de soltar, como quien dice, el pezón de su nodriza, y ya hacen alarde de estar aburridos, desengañados, hastiados, ¡pobres imbéciles!

Escuchadlos, repito. Escuchando á cualquiera de ellos, sabreis de su boca, sobre la cual apenas apunta el bozo, que:

La baronesa de *Las Lechugas*, la condesita de *La Mantequilla* y la marquesa de *Los Requesones*, títulos que existen muchos, se mueren por sus pedazos, pero que las *infelices* se ven despreciadas, escarnecidas, y siga usted escuchándolos...

Sabreis tambien que son unos *pillines*, que á deshora de la noche penetran furtivamente en el hogar doméstico de ciudadanos pacíficos y honrados, y que en el tal hogar hay una mujer «ó varias» que los esperan con los brazos abiertos, y tan enamoradas ó más que lo estuvo Julieta de Romeo, y doña Juana *la Loca* de Felipe *el Hermoso*.

Todo esto es mentira, por supuesto. La hembra que generalmente suele esperar á tan empalagosos jóvenes, es alguna dama de estro pajo á quien olvidó un ingrato cabo de infantería, ó alguna pulmonía que suelen coger á causa de estar mucho tiempo en sucia y lejana calleja, con la boca abierta debajo de algún ventanillo (de corral) esperando á que se asome tal ó cual señora de sus pensamientos; y como no se asoma, de ahí la pulmonía.

En el fondo, y bien considerados, los tontos de quienes me estoy ocupando son unos infelices; lo que se llama unos *lilas mamarrachos* ¡pobres diablos!

¿Verdad que sí, hermosas lectoras? Entre un jovencillo estudioso, prudente y comedido, en cuyo rostro brilla la amable y natural timidez de los pocos años, y un *danzante* que la echa de seductor, que tiene la desvergüenza de un mico, el primero es simpático; el primero puede inspiraros un amor verdadero, aún cuando amor de ese calibre es raro en estos tiempos; pero el segundo solo puede inspirar á una mujer que en algo se estime, deseos de enviarle á donde dicen que se fué el general Mambrú, que aún se espera.



ADELAIDA

I



H, vosotros, dichosos ó desgraciados mortales que acudís todas las noches á los más elegantes teatros de esta pequeña Babilonia, ya para mirar á los palcos y plateas, ya, en fin, para dormirse en el fondo de la butaca á fin de olvidar el tedio y el hastío que os agobia! No creais que muchas de las cosas que veís, que admirais, que halagan vuestros sentidos ó despiertan vuestros deseos, son fruto de los tiempo modernos, de la novísima civilización.

Y dicho esto á manera de preámbulo, entraré de lleno en el caso verdaderamente *fantástico* que voy á referiros.

II

D. Braulio de Tejera, solteron rico y completamente desocupado, no había tenido más afición, más deseo, más placer, más pasatiempo que asistir á los teatros de la capital. Tenia setenta años allá por los 18... y no había faltado ninguna noche á la escena española. El fué admirador de Luis Eguilar: él se sabia de memoria todo lo de Moratin y Adelardo Lopez de Ayala, que hizo furor en su tiempo, y él se hallaba tan instruido en asuntos de bastidores, de contratas, coristas, y bailarinas, que tenía al dedillo, no solamente la historia de los actores y *caballos blancos*, sino la de los mil detalles que ya pertenecen á las regiones del olvido. Para don Braulio todo estaba reducido á la vida de los teatros. Hombre independiente y con sendas peluconas, tenia siempre corriente su abono: su *luneta*, porque en aquellos tiempos la *butaca* no existía.

La empresa, los autores, el apuntador, los acompañadores, el sota-despabilador, el que encendía la lucerna, todos conocían á don

Braulio. Así como hoy día cierto doctor célebre está siempre en su despacho, don Braulio estaba siempre en su luneta antes de que se encendieran las luces. Cuando la ocasión lo exigía, el contador echaba con él sendos párrafos acerca de la contabilidad teatral, y como no había noche que nuestro caballero en cuestión dejase de concurrir al teatro, era ya una de las partes del mismo, de la que no se podía prescindir.

III

Durante el tiempo que había pasado en los teatros, nada agradó tanto á don Braulio como la escuela romántica. Aquello lo enloqueció por completo. Gozaba tanto con aquellos dramas, que una vez pensó sería oportuno que se escribiera uno que pudiera empezar á las seis en punto, y terminar á las nueve de la mañana.

—Doce horas de representación sin entreactos no es mucho para los aficionados, —decía á algunos artistas amigos suyos.

—Pero es lo bastante para que les dé una *indigestion* á todos los actores antes de terminar el espectáculo.

IV

Adelaida era una muchacha como pocas, y á ella hay que atribuirle el mérito de haber sido la primera vendedora de flores de los teatros de Barcelona.

No era don Braulio muy aficionado á que lo molestaran, pero como todas las noches se presentaba Adalaida y le suplicaba si le permitía pasar á la fila, cuya primera luneta él ocupaba, no podía negarse á semejante petición. Como el espacio era estrecho, Adelaida se veía obligada, al tiempo de pasar, á rozar, ya con sus rodillas las de don Braulio, ya con sus manos en los hombros del mismo. Aquella apretadura importunaba á nuestro abonado; pero como él no estaba acostumbrado á esta clase de sensaciones, al cabo de unas veinte noches, de pasar y repasar, don Braulio, que solamente habia vivido con las lucubraciones del espíritu, con los sueños de la fantasía, comprendió que el ligero contacto de la mano ó de la rodilla de Adelaida, producía en él una sensación tan viva, tan embriagadora, que todas las noches ape-

tecía que llegaran los entreactos para que la joven pasase por su lado.

Y al fin y al cabo pasó tanto Adelaida, que don Braulio comprendió que no estaba tranquilo, que aquella hermosa muchacha principiaba á preocuparle más que la escena, y, por último, que habia otras dichas muy diferentes de las que hasta entonces él mismo se había procurado.

Principió, pues, por comprar flores, y acabó por enamorarse como un loco. Las pasiones á cierta edad suelen ser más terribles que las de la juventud, y don Braulio se sintió poseido, dominado y fascinado por Adelaida. ¿Era posible dejar de amarla? No. Don Braulio, sin embargo, luchó consigo mismo por largo tiempo: pero en esta clase de contiendas sale siempre vencido el hombre. ¿Qué le importaba á él ya la escena? Ni aplaudía como de costumbre, ni se cuidaba del enlace ni desenlace del drama. Las rodillas de Adelaida, rozando con las suyas, era lo que más le preocupaba.

Un acomodador le dijo un dia.

—A usted, don Braulio, le pasa algo.

—Lo que me pasa,—contestó,—es que

estoy pensando en que en vez de ser soltero debiera ser casado....

V

Hacía dos ó tres meses que, dos lunetas más arriba de la suya, concurría todas las noches un señor, de levita larga, de sombrero alto y de largo bigote. Tenía facha de militar retirado. Naturalmente, cuando Adelaida pasaba por aquella fila á vender sus flores, resultaba que tenía que haber cierto rozamiento de rodilla entre la florista y el personaje indicado, y esto crispaba de tal modo los nervios, exasperaba de tal manera á nuestro héroe, que no pudiendo aguantar más, se levantó violentamente en un entre-acto y salió fuera con su vecino....

.....
¡Pobre don Braulio!.... Al siguiente día realizaba ese eterno y terrible matrimonio que el hombre verifica con la tierra: es decir lo mataron y lo enterraron.

Adelaida la bella florista, no supo nada del terrible drama. Echó de menos al abonado de la luneta núm. 1 de la fila 4, y preguntó una noche al acomodador.

—¿Qué ha sido de aquel *viejo* que ocupaba esa localidad?

—Nada—¡Una friolera! Que se ha muerto. La empresa lo ha sentido, porque llevaba de ser abonado nada menos que veinte años.

Adelaida se encogió de hombros, y no dijo nada.





IDILIO DE PRIMAVERA



ASÓ el entristecido invierno, y vinieron las golondrinas y las flores de su destierro, como nosotros mismos salimos de penurias y cansadas noches, escuchando al amor de la lumbre el ruido de la tempestad y el lejano eco del ave nocturna.

La naturaleza es infinita, y así como el sol alumbra con todo su esplendor de magnificencia las rosas, el clavel da su aromático perfume, viéndose crecer la hierba del prado, verde y hermoso; se vé sobresalir á la humilde violeta, se oye el cántico del ruiseñor aco-

gido sobre la enramada del bosque risueño y delicioso, y alegre mariposa juguetea entre los lirios del campo; vemos correr en el arroyuelo las cristalinas aguas que ródando mansamente llegan á la encantadora pradera, á aliviar la sed de los frutales.

En la tarde oímos el cantar de alegría del campesino entretenido con sus espigas, los pajaros revolotear entre la fresca brisa del valle; á poco la luna sale á cubrir con manto plateado las hojas, y queda todo con vida, en el silencio grandioso de la noche serena y apacible, bajo el influjo del aroma que se desprende del azahar, jazmines y otras flores.

Nuestra melancolía no tiene límites á la admiración de tantas bellezas, y nuestro corazón late á impulsos del ideal puro de nuestro Creador.

Recuerdos supremos vienen á nuestra memoria, cuando de repente llegan á nuestros oídos los últimos ecos de una melodía lejana, que preludiaba el andante de cantos á María... Nuestra fibras todas se estremecen al oír los primeros acordes, y nuestra alma entera parece acudir á los cielos, como atraída por aquellos dulces acentos.

Varias voces de angeles, unidas como rayos de luz, se escuchan á lo lejos:

*Venid y vamos todos
Con flores á porfia,
Con flores á María,
Que madre nuestra es...*

Nuestra angustia se deshace en lágrimas, y cubriéndonos el rostro con las manos, se presenta á nuestra vista ese poema tan íntimo de nuestra infancia.

Otra voz sola, más pura y vibrante, canta entonces con la dulzura de la piedad verdadera de un niño:

*Tu poderosa mano
Defiéndanos, señora;
Y siempre y desde ahora
A nuestro lado estés...*

¡Aquel era el cántico de las *flores de Mayo* que tanto hemos repetido en nuestros tiempos, y siempre nos dará á todos un grato consuelo en nuestras desventuras, amando siempre á las flores y á la primavera.



HISTORIA DE UN CORAZÓN

UNA ESPINA



UNA mañana del mes de Mayo salió de la casa donde habitaba un joven de buena presencia, de maneras finas y elegantes, y de distinguido porte, con el laudable propósito de matar el tiempo, como vulgarmente se dice.

Después de recorrer todo Barcelona, y ya cansado de dar vueltas por esta tumultuosa ciudad, se dirigió hacia las afueras del ensanche con ánimo de pasar el día en una casa de campo de un amigo.

Recorrió el magnífico jardín, y recostado sobre la verde alfombra, y á la sombra de un

corpulento árbol, comenzó una serie de flotantes sueños.

¡Dulce estado, pensaba el del hombre que sueña y separa su mirada, aunque solo sea por un instante, de las tristes realidades que cubren la tierra, para trasportarla al cielo, patria de las bellas ilusiones!

¡Sueños! ¡Quimeras! ¡Bien desgraciado es aquel que no puede acariciarlos!

El soñar es la poesía de la vida. ¿No es ella la que ha hecho al poeta?

Así pasó largo tiempo, sin notar que el fresquillo de la tarde empezaba á sentirse con su brisa, como las tinieblas se iban acercando ya á la caída del hermoso sol que se alejaba al otro valle.

Abandonó aquellos lugares que tan gratos habian sido para él, y volvióse tan pensativo como habia ido, á la coronada ciudad de los condados.

Llegó á Barcelona, y no sabiendo dónde pasar la noche, tomó un billete para uno de nuestros mejores teatros, que á la sazón representaba un drama en extremo patético.

Yo, que habia pasado tan bien el día, la noche era preciso hacerla más corta.

El era gran aficionado al teatro, y esa fué la causa de pensar en él para pasar allí lo que restaba del día.

La representación empezó y, cosa rara, no hacía caso de ella.

En el primer entreacto reparó en una mujer que ocupaba uno de los palcos bajos, notando que lo mismo la jóven que todas las demás, se enjugaban las lágrimas.

Lloraban al ver los infortunios imaginarios del teatro, no teniendo ni una sola lágrima para aquellos del mundo que son tan verdaderos.

No pudo contener un pequeño bostezo, signo verdadero de su aburrimiento.

Un caballero que ocupaba la butaca contigua á la suya, le hizo esta simple y justa pregunta:

—¿Se cansa usted del drama?

— Si, señor.

—Tal vez no tendrá para usted atractivos el teatro.

—Al contrario, soy hombre apasionado por él, y me agrada mucho; pero esta noche...

— Comprendo... Lo que le llama á usted más la atención es otra cosa.

— Sí, por cierto; aquella jóven que está en aquel palco bajo.

—¿Es muy linda, verdad?— le preguntó su interlocutor muy animado. Sus ojos lanzan relámpagos de amor, y cualquiera daría bien seguro diez años de su existencia por una sola sonrisa de sus labios purpurinos.

—¿Quiere usted que le cuente su historia?

— Como usted guste.

—La joven se llama Elena; su padre, un banquero de fama, no ha omitido sacrificio alguno para proporcionar á su hija una educación tan esmerada como escogida. A la temprana edad de diez y seis abriles, tuvo la desgracia de perderlo. La posición que su padre ocupaba y las buenas relaciones con que contaba, fueron causa de que la linda Elena frecuentase los más lucidos salones de la alta sociedad. Allí donde iba, todos los plácemes, todos los elogios y todas las deferencias eran para ella.

Era la reina de la fiesta.

Su madre, que la adoraba con ese amor dulce é imperecedero de madre, sentía el momento cruel de la preparación; compren-

día que para bien y tranquilidad suya, precisaba ir pensando en el porvenir de Elena.

Muchos jóvenes se habían dirigido á ella, y ella, inexorable con todos, desatendia sus vanas palabras.

Estando un dia en una reunión, estaba también allí un joven de unos veinte y ocho años, artista consumado, segun me dijeron, el que á su vez trató de hacerle la corte.

Dicho joven estaba enamorado de Elena como si fuera su primer amor.

El señor que estaba al lado de nuestro joven, no dejaba de mirarle con atención, notando que su rostro demostraba tristeza, y le preguntó.

— ¿Le conmueve á usted la historia de esa joven?

— ¡Ah! — ¡No me ha de conmover, si ese amante que usted dice soy yo! ¡Yo, que á pesar de su desden la adoro con todo mi corazón!

— ¿Luego usted es Miguel Ballera?

— Servidor de usted.

— Entonces reo inútil seguir relatando su historia, puesto que usted la conocerá.

— La conozco, sí; pero su interior domés-

tico me es algun tanto desconocido.—Una vez en la vida he amado; ella fué mi primer amor, amor que me hizo adquirir el nombre que hoy poseo, y la reputación que he adquirido. El cariño que sentí hacia Elena me impulsó á marchar á París para perfeccionarme en el arte que invoco. A mi vuelta aquel cariño habia desaparecido por completo; lo que me decia en las cartas que me escribió, todo era mentira y una pura falsedad.

—¡Amigo mio, la muerte de su buen padre y mi amigo, ha hecho cambiar de modo de vivir á esa familia! Antes recogidos, ahora frecuentan más que nunca elegantes salones. Elena joven pudorosa, se ha vuelto, á fuerza de oír tanta alabanza, orgullosa, coqueta.

—Ya la ví á la vuelta de mi excursión artística.

—Paciencia, joven, y déjese usted de esa melancolía que le abrumba. Sí porque una mujer le ha desconocido á usted, no teniendo en cuenta lo que antes le habia jurado, por eso se pone usted tan triste y se aleja del mundo, francamente, eso es cosa

de hombres sin criterio. No se acuerde usted de ella y vuelva otra vez á su antiguo trabajo, que ese será el que le proporcione honra y provecho.

— Gracias por sus consejos. Esté usted seguro de que los pondré en planta. ¡Oh! si antes hubiera tenido la dicha de conocer á usted, cuántos disgustos hubiera podido ahorrarme.

El espectáculo terminó, y nuestros dos personajes, que habian entrado en el teatro siendo extraños, salieron de él siendo los más amigos del mundo.

Don Gustavo Hormechea, ofreció al joven su casa, invitándole para que al dia siguiente honrara con su presencia la mesa.

Fué, en efecto, á casa de su nuevo amigo; la conversación, rodó sobre el mismo tema que el dia anterior.

Don Gustavo era hombre sentado, mientras que Miguel, solo contaba veinte y nueve años.

Su fama de buen pintor era cada dia más apreciada en el mundo artístico y sus cuadros eran premiados en cuantas exposiciones se presentaban.

No por eso crecía su orgullo; lejos de semejante cosa, cada vez era más modesto, y no gustaba que le tributasen alabanzas por solo hacerle la corte.

Pasó algún tiempo.

Miguel se fijó en una jóven que vivía en la misma casa donde él tenía establecido su estudio.

Era sencilla y bella, y educada, no con lujo, porque su modesta posición no se lo permitía, pero sí con esmero.

Vivía de la pensión que le habían concedido los buenos y excelentes servicios que su difunto padre había prestado en la milicia, donde sirvió bastante tiempo.

Un día pintando un cuadro, sintió un vértigo que le hacía perder la vista por momentos: fué á agarrarse y le faltaron las fuerzas, cayendo desde donde estaba pintando al suelo.

Al ruido, las señoras que vivían al lado penetraron en el estudio, y se hallaron con el cuerpo del joven tendido en tierra y sin movimiento.

En la cabeza, y efecto sin duda alguna de la caída, tenía una herida de la que, aunque en poca cantidad, brotaba algo de sangre.

Madre é hija, y esta con más cariño que aquella, cuidaban al herido, prodigándole todas las atenciones que necesitaba su estado.

La «Linda Isabel» debió notar las expresivas miradas que le dirigía su vecino el pintor, pues fué la primera que sintió el ruido que hizo el joven al caer.

Sentía en su corazón algo que le hacía inclinarse hácia el pintor.

Tal vez los síntomas de una pasión ardiente.

Por eso mostraba tanto interés en prodigar cuidados al herido, y ya que la ocasión se presentò, aunque ocasión desgraciada, de serle útil, la desempeñó con verdadero júbilo.

Cuando ya había limpiado la sangre que brotaba de la herida, el joven abrió los ojos y vió junto á sí á Isabel, que se sonrojó algún tanto, lo bastante para hacer comprender al herido lo que pasaba en su corazón.

Despues que Miguel se curó de la herida, volvió á su estudio, más no sin entrar antes á ver á su caritativa vecina, y darle las gracias. Otra era, además, la causa que le hizo entrar á ver á las dos señoras.

El amor que sentía hacia la bella Isabel,

le obligó á ponerlo en conocimiento de su madre, explicándola á la vez los deseos que abrigaba, deseos que fueron bastante bien recibidos.

Isabel llena de gozo, veia ya su porvenir uniéndose con el joven, y el descanso que con esa unión proporcionaría á su madre.

Algunos días despues se celebró la boda, y bien pronto cundió la noticia de que el distinguido pintor había tomado estado, uniéndose á una joven modesta, pero hacendosa y bella, pagando de este modo la gratitud que la debía.

Esta noticia causó una gran envidia á Elena, que aún permanecía soltera, por más que á cada momento tenía un nuevo pretendiente que halagaba su vanidad; pero sin que pudiera hacer de ninguno de ellos su marido.

Los recuerdos que Miguel conservaba de su primer amor no correspondido, se borraron completamente de su imaginación, y sólo pensaba en ser feliz al lado de la compañera que Dios le había concedido ¡despertando del sueño del amor para luchar con la ilusión de la realidad... pero despues de tanta felicidad continuaba dormido!



EL SUEÑO DE LOS AMORES



ASARON ya los hermosos días del otoño, como la última salutación de la naturaleza á nuestro creador: el azul del cielo ha adquirido esa profundidad melancólica del invierno, en la cual relampaguean las estrellas como si fuesen los faros de la eternidad; en los bordes del horizonte han aparecido blancas nubes, semejantes á los fantasmas del pasado que se asoman á los bordes de nuestra memoria, y la luna brilla por las noches como la paloma de oro que tendió sus alas en el espacio purísimo de nuestros ensueños infantiles.

El piano de Rienit lanzó sus notas pos-trimeras. Pronto la pobre Rienit, la desventurada hija del Sena, rompiendo la deleznable cárcel de la vida, nos abandonará.

La noche del 20 de noviembre fué una noche de prueba; cumpliendo mi misión, es decir realizando los deseos de mi corazón, apenas comí me dirigí á su casa. Me estaba esperando su madre; su buena madre también me esperaba.

Penetramos desde el vestíbulo en aquel gabinete en donde la conocí por vez primera, en aquel gabinete forrado de papel azul con flores de oro, saturado por el ambar de nuestras ilusiones, beatificado por la religión de nuestro intenso cariño, idealizado por los cantos de aquella mujer y por las voces magníficas de aquel piano, de cuyo hermosísimo teclado tantas veces se habían escapado radiantes y divinas las más bellas inspiraciones de Beethoven, Mozart y Carnicer.

Yo aprendía música, y con tal carácter había conocido á Rienit; era, en fin, uno de sus mejores amigos, vista mi afición verdadera y mi juventud; fué mi profesora, ó como quieran. Tenía diez y ocho años bien cum-

plidos, y ella tan sólo había visto las flores de diez y seis primaveras.

¿Qué lazo me ligaba?

No lo sé de una manera cierta. Sí puedo hacer presente que hacia cuatro años que concurría diariamente á su casa, y que lo que al principio fué una obligación, despues se convirtió en la aspiración más solemne de mi espíritu. Recuerdo perfectamente que un dia me dijo Rienit dirgiéndome la más dulce mirada de sus grandes ojos negros.

— Querido Pulint, sino fuese por vos, la vida me seria insoportable.

— ¿Y vuestra madre? — murmuré.

— Me ama y la amo, pero sobre este mútuo amor aún queda un vacío inmenso que llenar.

Y como avergonzada de lo que había dicho deslizó sus pequeños dedos sobre las teclas del piano, produciendo un sonido indefinible que se perdió en mi alma como se pierde en la inmensidad solitaria y magestuosa de la noche el cántico de los ruiseñores.

Despues de aquel dia ví en Rienit lo que nunca había visto; la realizacion de mis juveniles y, aunque temprano, ya muertas ilu-

siones, y de mis continuas esperanzas. No me daba cuenta de ellas, pero las sentía gravitar sobre mi corazón con un deleite incommensurable, matizado en cierto punto por una melancolía infinita. Quizá esta melancolía brotaba del carácter de Rienit, severo como el cielo que la había visto nacer, pensador y profundo, inexcrutable y sereno; Rienit, en realidad de verdad, era una estatua animada; su alta, delgada y elegante estatura tenía cierto contorno mitológico que infundía respeto; su frente era ancha y espaciosa, larga la nariz, rasgados los ojos, rubio el cabello, ancha la garganta y redondos los hombros. En una palabra, Rienit era rubia y pálida como un ensueño de Goethe.

Hacia tiempo que Rienit se hallaba muy enferma; el corazón no le cabía en el pecho, según me decía con frecuencia, y lo cierto es que de día en día se la veía adelgazar y languidecer. Los médicos la habían *desahuciado*, ó lo que es lo mismo, la habían dicho que no tenía nada: pero lo cierto del caso era que Rienit se hallaba sumamente mal. Padecía más bien moral que físicamente; su enfermedad no era otra cosa que una de esas ideas

indefinidas que fijándose en el alma de las jóvenes, crecen y se ensanchan á impulso de la imaginación; enfermedades terribles que conducen al sepulcro á un gran número de mujeres de noble entendimiento y alma elevada. El malestar de Rienit no era otra cosa que uno de esos poemas íntimos que pasan desapercibidos para todo el mundo, y que á muy pocas personas les es dado aspirar su balsámico perfume y celestiales encantos.

Yo conocía, como he puesto de manifiesto, la enfermedad de Rienit pero ¿cómo curarla? Si me alejaba de ella la mataba de un golpe; si continuaba á su lado moriría cuando ella muriese. Yo no podía satisfacer las ansias de su corazón, y si Rienit se había fijado en mí, no habia sido sino porque á su lado no se hallaba un jóven de corazón ardiente y apasionado.

Yo era, en consecuencia, para mi joven amiga una cosa más ideal que su madre y menos elegante que su gata blanca. Y sin embargo, yo adoraba á aquella muchacha, víctima de su propio pensamiento.

La noche del 20 de noviembre á que me he referido al comienzo de mi historia, Rie-

nit se hallaba profundamente sobresaltada; á la menor cosa sus nervios estallaban de una manera horrible, y sus inquietas miradas me revelaban todas las torturas de su mente delirante. Sin ser un profundo fisiólogo como Balzac, resolví calmar su agitado espíritu. Al efecto, me senté al piano y comencé á tocar de un modo patético el ária final de *Lucia*. Las primeras notas de esta pieza magistral cayeron en el alma de Rienit como el rocío de la mañana sobre las flores de los campos; sonreíase de un modo candoroso, y á medida que el ária fué adelantando, fué ella acercándose hácia mí hasta que quedó apoyada sobre mis hombros. Bajo aquella dulce presión, interpreté la creación de Donizetti como nunca la había interpretado. Me parecía ser el desgraciado amante, héroe del drama, y cantaba (permitidme la palabra) con todo el sentimiento de la verdad y con todo el colorido de la realidad más absoluta. De esta manera llegué al final del ária, es decir, exhalé en el piano aquel lamento, aquel suspiro, aquella última é inmortal frase del amor herido, del alma desgarrada, de la pasión deshecha. Y mis manos permane-

cieron un momento sobre el teclado como si temiese que el sonido que produjera al retirarlas iba á alterar el augusto silencio que como un momento de mansedumbre, se extendia por todas partes. Pero ¡ay! cuando quise moverme, sentí que el cuerpo de Rienit resbalaba y caia sobre mis rodillas. Recogí aquel adorado tesoro y con la muerte en el corazon, reparé que los ojos de la muchacha se hallaban cerrados, el color perdido, los labios cárdenos y en ellos dibujaba la sonrisa de los angeles. Rienit acababa de morir: habia muerto al mismo tiempo que el amante de *Lucia*.

En el patio tercero del cementerio de París, se halla enterrada; sobre su tumba se encuentra un retrato, y os es facil reconocerla por esta razon.

Y ahora voy á referir lo más extraño de la historia que os he contado, historia que sucedia hace unos años, y que aun vive fresca en mi corazon, aunque la nieve de los inviernos trascurridos yace amontonada sobre mi cabeza, aunque juvenil todavia.

Todos los días, desde la muerte de Rienit, á la hora en que lanzó su último suspiro, me

encierro en mi gabinete, me siento al piano y comienzo á tocar el ária final de *Lucia*. Y apenas la primera nota atraviesa el espacio, siento las pisadas de Rienit que hacia mi se dirige, percibo el roce de su vestido, acaricia su aliento mi sudorosa frente, y un largo brazo descansa sobre mis hombros. No creais que esto es una ilusión, no penseis ni por un momento siquiera que he tratado de contaros un cuento; nada mas lejos de mis intenciones. Creedme; Rienit me visita todas las noches, me acompaña, me agradece el cariño que eternamente la he profesado. Yo la llamo; yo la invoco, y ella acude á mi llamamiento y á mi invocación.

Una vez quise verla, y cuando aun no habia llegado al *allegro* del aria, volví rápidamente la cabeza, y mis ojos se fijaron en un espejo, en cuyo remoto fondo distinguí la sombra de Rienit que se evaporaba como el incienso del altar se evapora en las cúpulas del templo. Volví á tocar, y el fantasma volvió á visitarme. Jamás he tratado de que aquella escena se reproduzca.

Escuchad, señores, una última frase; creo que el postrer suspiro del amante de *Lucia*

(ó Favorita) ha de ser tambien el último eco de mi existencia.—

Y despues de pronunciar estas palabras de un modo solemne. Pulint abandonó nuestra compañía, dejándonos á los que le habiamos escuchado melancólicos y taciturnos..... ¡Ilusionando un sueño!





¡DIAS DE MUCHOS!



TODOS los de la casa esperan con júbilo el día de mañana, cumple años del señor Mantequillo, antiguo peluquero de la calle del Carmen, que desde que se cerró el Teatro-Circo no sabe cómo pasar el tiempo.

La señora de Mantequillo pone un adorno nuevo á su sombrero de hace cuatro años; Justinianito prepara la corneta para llevarse-la al campo, y Marieta, la fregona, forma también sus proyectos para el siguiente día, porque no está muy segura de si irá precisamente á comer á casa de un pariente de Gracia, ó á otra parte.

Movimiento es todo en aquella honrada familia, que anda de un lado para otro sin entenderse.

Pero, hé aquí, como sucede con mucha frecuencia, que el hombre propone y Dios dispone, y el proyecto formulado por el señor Mantequillo se aguló á causa del peor tiempo. El día tan deseado amaneció lluvioso, y el expeluquero miraba al cielo con desesperación, su esposa con tristeza al sombrero, Justinianito lloraba como un becerro, y Marieta ponía una cara de cuarenta mil diablos.

Sin sol no hay atractivo en el campo, porque, ¿qué es el campo sin sol? Preguntad á un romántico de esos tantos, y os responderá tal vez que como una noche sin luna.

—¿Qué haremos de nuestro feriado domingo? pregunta tímidamente la señora de Mantequillo, que no era de esas que llevan los pantalones en la casa.

—Pues, nada, nos quedaremos en casita hasta otro año, — y Mantequillo tira el sombrero de la señora, Justinianito patalea, y ya empezaba un *dos de Mayo* cuando á esta se-

gunda fiesta entra Marieta hecha una furia y dice:

—No pueden ustedes comer aquí, porque no hay nada dispuesto.

Y todos se tranquilizan.

—¡Ah! ¡Papá! ¡Hace mucho tiempo que me tienes prometido llevarme á un restaurant para poder comer una tortilla!...

¿Quién es el padre que resiste el ruego de un hijo? Así es que el acento de la naturaleza y la tortilla, acabaron por calmar y decidir al expeluquero, que contestó;

— Iremos á comer á Variedades ó al restaurant Pelayo, donde me han asegurado que es económico y el vino es natural.

Esta promesa reanima el gozo que los *truenos* habían hecho desaparecer.

Los esposos Mantequillo se ponen á jugar una partida de cartas, esperando la hora de comer. Por fin dan las tres, y se ponen en marcha al abrigo de un paragua que difícilmente podría cubrir á una persona, así es que Justiniano y su mamá iban mojándose, y por la ley de las compensaciones el papá iba llenándose de fango por to los lados.

Llegan al restaurant... y no encuentran

mesa desocupada en el salón ni en ningún gabinete. Para poder comer allí un domingo sería preciso ir á coger sitio el lunes.

Justinianito se desespera, su mamá se manifiesta muy contrariada, y el señor Mantequillo piensa dónde podía llevar á su familia para no verse con *plancha*. Se ponen de nuevo en marcha en medio de la lluvia y del fango; pero, ¡oh fatalidad! hay una boda en Variedades, y la familia del peluquero permanece dos horas sin poder lograr que empiecen á servirlos.

—Yo no quiero estar aquí un momento más, dice el señor Mantequillo tomando su sombrero y su paragua con aire decidido; tengo hambre, y por lo mismo vámonos.

— Pero ¿dónde? dice apresurada su señora.

—A casa, señora, puesto que véis que esto no puede tolerarse.

--¿Y mi tortilla? dice el niño llorando.

—No te apures, Justinianito, te compraré una *rosquilla* de diez céntimos, que comerás como postre.

Vuelven á su casa, donde encuentran á Marieta, que en lugar de salir, daba de co-

mer á un soldado de caballería con unos bigotes enormes, el cual bebía con mucha prodigalidad el mejor vino del señor Mantequillo.

Ante este cuadro, el expeluquero montó en cólera, á su mujer le dió un ataque, Justinianito tuvo una indigestión de rosquilla de aceite, y la Higinia fué despedida en el acto...

Así fueron los días de cumpleaños de don Roque, que nunca fueron más celebrados.

Y por mi parte justo es, te recuerde, amado lector, que en tus días jamás formules proyectos.





EL RESPLANDOR DE LA LUNA

I.



AS fiestas del lugarejo llegaron y todo tomaba esa alegría natural, después del silencio melancólico en que se encontraba sumido el villorio, oculto á la falda de la colina por algunos olivares.

Solo el canto de las aves, el ruido de viento y los ecos del campanario, daban á conocer que existía un lugar con moradores en toda aquella comarca.

Villaparida, que así se llamaba el lugar, tenía su patrón fervoroso á sus vecinos, y en la época de recolección, en calurosos días de Julio todo cambiaba por completo.

Sus calles tristes y sucias, sus habitantes ocupados en las eras y trabajos campestres, todo hacía variar á Villaparida, y en limpieza, caminatas, preparativos, se veía la majestuosa animación de sus festejos á Santiago.

El alcalde *Constitucional*, *El tío manita*, como costumbre tradicional reunía á sus *conreres* como así llamaban á la corporación compuesta de cuatro ediles, y tras el pregón anunciador de la fiesta, hacía saber el de cumplir la misión del *municipio* de acompañar al cerro al predicador, que de Castellón aquella noche había de llegar entre los toreros y los cómicos.

Las serenatas eran á montones por todas las callejas del lugar, en que se veían llenos de júbilo á los mozos con sus guitarras y cantares, haciendo ronda á las mozuelas, que en corral ó en la puerta de sus viviendas bailaban, y para muchos era esta noche escogida para hacerse promesas de amor..

De lo lejos se escucha al son de una guitarra al pié de una reja y tras el bellissimo claro de la luna, estas aclamaciones:

*La cinta que te trují
Si yo lo hubiera sapío
En esa indina sintura
No te la hubieras ponío*

.....

II.

Todo tenía vida en Villaparida la víspera de su santo patrón, y solo en rincón retirado en una de las casas del pueblo y de mejor apariencia, tranquilo dormitaba sobre una butaca Eduardo, viniendo á sus oídos tanta algazara, de la que lejos estaba de admirarse.

Eduardo, hijo de un ricacho del pueblo, hacía pocos días había llegado de la capital de vacaciones, donde estaba estudiando para lo que nunca pudo saberse.

Era corrido y tunante y de simpática figura el tal héroe, conocedor de lo mundano y la sociedad entera, y nada de extraño era que al estar en Villaparida, fuera el prototipo de indiferencia á todos los bailes y reuniones, y un descanso profundo era su estancia en la villa natal.

Su afición no fué otra en Villaparida que estar de broma en mala taberna llamada *casino*, y ser víctimas de sus charadas todos cuantos se encontraban á sulado.

Eduardo conocia perfectamente la *gramática parda* de los Villaparidos. Su hipocrecía no tenia límite en los puntos de formalidades; y como persona *leía y escribía* como así le señalaban, le prodigaban cierto respeto, no olvidando las *tierrucas* de su padre, que en verdad era el señorito único y porvenir de Villaparida, cosa no olvidada por él, para no enamorarse de ninguna gallarda mosetona de la aldea.

III.

La noche de la fiesta, la luna iluminaba con todo su esplendor, sobre su claro purísimo y Eduardo vió descorrerse un poema de tristeza, y á pocos pasos de sí tras la melancolía que presentaba su moreno semblante, fijó su mirada en una jóven forastera que había venido á pasar la fiesta, y bien pronto vió felicidad dulce y tanta sorpresa en su conocimiento...

Pocas noches tardaron en que se juraran amor eterno ante la pálida luna; y en el silencio de la noche se prometían constancia eterna y días venturosos en que recordar sus dichas, y tras de el beso de despedida, la luna daba sus últimos resplandores con la aurora, mientras con pasados pasos se retiraban al descanso, á llorar lágrimas de ausencia... quien sabe, si para no verse jamás.

IV

Varios años transcurrieron y Eduardo mira á la luna que luce todos sus resplandores como el día de la fiesta, y por sus mejillas corre una lágrima del pasado.





AYER Y HOY



HACIA unos meses que había salido de Madrid, donde dejé a mi Matilde á la que yo adoraba, jóven corista que vivía en un quinto piso de una casa al final de la calle Fuencarral.

Joven divina, linda mariposa, espiritual, un poco coqueta... y jamás pude mirárselo como un defecto.

La conocí una tarde de esas que pasea uno triste en la corte, sin dirección (y menos de capitalista, como estudiante á final de mes) siguiendo mis pasos en busca de algun entretenimiento que no encontraba...

Ya me retiraba á mi casa pupilera á darme consuelo de mi hastío con los textos co-

sa que raramente, yo hacia como en último recurso de esos calurosos dias de mayo.

Pero no sé si llamar felicidad ó desgracia de ser mirado por aquellos ojos negros de mi Matilde, que muy pronto nos amamos, tal vez conociendo mi linaje, de *salamanca*, como yo el suyo de corazón verdadero á amar sin precauciones.

Que horas más dichosas pasaba á su lado, la veía riendo siempre, trabajaba cantando, y yo me creia un *pobre diablo* atraido por aquel angel, de lo que no poca veces soñé en un poema de ventura.

II

Llegué ayer á Madrid y mi primera nota de cartera fué ir corriendo á la calle Fuenarral, subí al quinto piso de la vieja casa que habitaba mi *dulcinea* y llamar á la puerta del piso de Matilde. ¡Como volvía á mi memoria ese cariño que el hombre siente por cualquier mujer! pues el hombre se impresiona por nada y, para nosotros todos son amores y constante somos en el ideal mas pequeño.

¡Iba á verla, á abrazarla!... Ella me prometió cuando me marché, serme siempre fiel; si la encontraba siempre amante, ¿no sería la suprema felicidad?

Llamé... y no me respondían... sin embargo ella recordaría de otros tiempos mis llamadas... ¡Solía venir tan lista otras veces!... ¡Ah, llega al fin!... Pero ¡oh desengaño cruel! la que abre es una vieja raquítica. Pregúnto por Matilde, y aquella furia calamitosa me respondió que no la conocía...

III

Solo y desconsolado salí de aquella casa, con el recuerdo de aquella mujer en que otro interés más verdadero nacía en encontrarle para mi cariño.

No sé por qué ese cambio me hacía daño, y sin embargo Madrid es grande y en otro lado podría vivir.

En todos los teatros pregunté por Matilde, y nadie conoce ese nombre.

Lo recorro todo, hablo, me informo de sus amigos, nadie dá razón de ella, todo fué en vano y yo lloré solo mi aventura.

IV

Una mañana de primavera en que las brisas perfuman el ambiente del inmenso vergel con el aroma de sus flores, en ese Retiro delicioso, que en las tardes del estío se oyen á lo lejos los ecos unísonos del grillo y de la cigarra, y de cerca el zumbido de los insectos; mientras en silencioso bosquecillo, el ruiseñor, el pájaro poeta, canta con notas armoniosas sus misteriosos amores.

En la mañana de invierno suele verse allí entre sus árboles, como en los bosques, el ave de rapiña que cierne su vuelo en el espacio, destacando su negra silueta en el blanco mate de un cielo nebuloso.

Melancólica era mi contemplación á la maravillosa naturaleza... Ya iba á marcharme cuando ví una elegante tirvoli; una dama vestida con la más exquisita elegancia descende al paseo, acompañándola detras un lacayo.

¿Es esto una visión de mis sentidos? ¿Sueño ó estoy despierto? Bajo el lindo sombrero que cubre su cabeza, me ha parecido distinguir el rostro de mi Matilde.

Pregunté al cochero el nombre de aquella dama, y me contesta:

—Es la Condesa *Rachix* es americana, y no recibe más que á un señor, que hace un año le acompañó á la casa, venida ella de Puerto Rico.

—La ois cantar con frecuencia?

—Jamás; pero sufre á menudo de vahidos y de jaqueca.

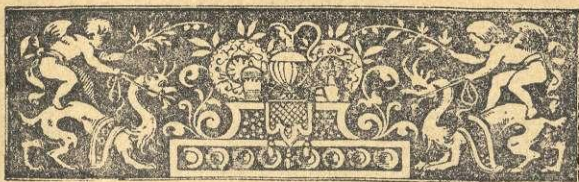
¿Será posible que sea esa mi Matilde?

Ella me reconoció y sonrió de un modo que me dañó... y me alejé de allí corriendo y diciéndome.

¡No, no, ésta no es mi Matilde.

La otra murió como mis ilusiones.





EL ÚLTIMO ARTÍCULO

(NOTAS LITERARIAS)



ASEABA yo una hermosa noche del mes de Mayo, por la alameda contigua á una preciosa quinta situada en las inmediaciones de Sevilla.

El fresco de la noche, la suave brisa del Guadalquivir y el perfumado ambiente que respiraba por doquiera, todo contribuía á que mi imaginación ardiente, se sintiera dulcemente impresionada ante aquella multiplicidad de poéticos detalles.

Pero en mi mente se dibujaba otra idea, y de mis labios se escapaban sonrisas, en que desde luego me se hacía suponer deseos hermosos que tras del misterio yo no podía darme cuenta.

Acaso entonces, me hallaba en uno de esos momentos en que el hombre se pierde en un mar de ideas, quedando ancho campo á la fantasía para forjarse sueños, irrealizables quizás, que dejan un rastro de lágrimas ó hacen un desierto del corazón.

De pronto, una voz clara y argentina que pronunciaba mis pensamientos, me saco de el éxtasis profundo.

El arte, en su acepción más lata, ó la poesía en su acepción más restringida, yo veía el fuego de los celos rabiosos en el puñal del Otelo ó del Tetrázca; la elegia por la esclavitud y la decadencia de la patria; las cóleras de desesperación y del destierro en los tercetos del Dante: los torcedores de la duda y el martilleo de la razón sobre la friacencia en las invocaciones de Fausto, la desgracia de amores perdidos en el sepulcro de Julieta; el triste pesimismo á que condena el haber vivido mucho en los retruecanos de Heine y en las doloras de Campoamor, y en delirios de Espronceda.

Todo formaba un contraste con mis pasados días en el mundano, y recuerdos supremos vienen de mis juveniles años en que

me se representaban la poesía real de la vida, aquellos momentos hermosos y sublimes tenidos para con Dios en mi última oración de la tarde, sereno y apasible sentado sobre una cruz de piedra escondida en el bosque, aspiraba el aroma de las flores pero nada me ha alegrado de esta vida como ver correr el agua y ver fugar á un niño.

A mis oídos llegaron ecos dulcísimos cuyos acordes se perdían en el espacio, y de mis ojos caían algunas lágrimas de desventura de el ayer más lisongero, y una mañana de ilusiones y sueño.

No podemos comprender nuestro estado más triste de aparecer entre el ridículo, y debíamos de hacernos pertenecer á otro mundo diferente del mundo frívolo que, por lo general, habitamos y que quiero apartarme por completo de esa sociedad esceptica é indiferentista cuyo único lema se reduce á la palabra *duda*, palabra que hiela el corazón y oscurece las ideas en el pensamiento. Yo le hablaré y despues de nuestra experiencia risueños días serán para vosotros.

Teniendo yo esta idea de la poesía y de

los poetas, imaginaos qué concepto tendré de aquellos consagrados á la reacción artística, á la reacción literaria en que todos tras los sacrificios son ingratitudes amargas, y sí diré como último eco de mi pobre fantasía, como para ser poeta basta expresar bellamente las ideas. Conozco que será más poeta quien cante con maestría las brutalidades de Tiberio ó Nerón, que quien desdichadamente cante los dolores de sus mártires y de sus víctimas. Sé más, sé cuantas poesías hay en lo pasado, en la yedra que sobre las ruinas se balancea, en el buho que canta desde el hueco de la columna caída y rota, en fuego fátuo que brilla como reflejos de las almas en pena por la tierra de los cementerios y por los huesos de los muertos.

Todo es ilusión soñadora de una realidad para este siglo prosáico donde silencioso estará siempre, aquellos felices días en que Baco murmuraba en los oídos de las ninfas ébricos cantares no aprendidos, y los tordos silbaban en los bosques perfumados de aromas embriagadores, y el hueco de las encinas destilaba miel, y las vacas venían mugiendo y ostentando los cuernos, tan bellos

como la media luna en creciente, y la naturaleza entera sentía doblarse la vida al benéfico influjo del vino y del amor.

Todo ha concluido y tras esta poesía de desengaño para el poeta no olvida al seguir el camino de lo *real* á dar admiración á la belleza y decir como Fray Luis de León.

Que descansada vida
La del que huye del mundanal ruido
y sigue la escondida senda
de los pocos sábios
que en el mundo han sido.

.
.



INDICE

	<u>Pág.</u>
Cosas de la vida.	7
¡Felices ellos!	15
Ilusión y realidad	19
Unrecuerdo del otro día.	23
Reuniones de confianza	27
¡Los de tanto!	39
Adelaida.	43
Idilio de primavera,	51
Historia de un Corazón.. . . .	55
El sueño de los amores	65
¡Días de Muchos!	75
El último artículo.	81





ORLANDO

